

Domingo XIV del Tiempo Ordinario (14-09-25)

Homilía del Cardenal Carlos Castillo

(Transcripción)

Hermanos y hermanas:

Hemos anunciado el cumpleaños número 70 del Papa León XIV, el Papa, amigo de todos, Robert Prevost, ha llegado a esta década nueva de su vida, década que va a inaugurar en nuestra Iglesia la experiencia de, cómo alguien que pasó por nuestra historia, se comporta como pastor universal. Cosa que es siempre difícil en nuestro país porque, a veces, estamos muy centrados en nuestras cosas, muy enfocados en lo que a nosotros nos toca y dejamos de lado la visión mas universal. Es verdad que siempre el Perú ha tenido esa vocación universal porque, como ha sido una de las colonias que más ha tenido que ver con la exportación de los minerales, por todo el mundo se conoce el Perú, sobre todo, se conoce el “oro del Perú”, como se dice en otras partes. Antiguamente, cuando se quería exaltar algo grande, se solía decir: “vale una Venecia”. A partir de los minerales peruanos se empezó a decir: “vale un Perú”.

Por eso, hoy día tenemos que reflexionar el evangelio de Lucas (15,1-32) porque estas parábolas de la misericordia que tiene el Señor, especialmente, con los pecadores,

tienen una importancia muy grande porque es el Padre Celestial el que está siempre pendiente de nosotros, y cuando nos ve descarriados o perdidos, va a buscarnos, está pendiente de nosotros, no nos abandona. No abandona a nadie, es decir acompaña a toda la humanidad universalmente.

Y, si hay dos preferidos de Dios son: los pobres y los pecadores. Los pobres, en su mayoría, porque son las personas que sufren, muchas veces, las acciones de los pecadores; y los pecadores que también, evidentemente, están llamados a la salvación, pero es necesario una cosa fundamental: la conversión. Y esa conversión no es una cosa muy complicada, no consiste en hacer muchas cosas y muchas muecas a Dios. La conversión significa entrar en lo profundo y reconocer el propio límite, el propio entrevero, la propia crisis, los propios problemas que tenemos, mirarlos cara a cara y recapacitar.

Y así como este hijo perdido que gastó todo el dinero que le dieron, inclusive, hasta morir de hambre, y vive desalojado prácticamente de la vida, resulta que **recapacita** y dice: “me pondré en camino y le diré: padre, he pecado contra el cielo y contra ti, ya no merezco llamarme tu hijo”. Recapacitar es una palabra muy importante, porque es “volver a la cabeza” es decir al inicio, o sea, al inicio de los problemas que he tenido. “Caput” es

cabeza, y siempre la cabeza es como el inicio de todo el ser. Lo que es cabeza de alguien es, por ejemplo, el dirigente. Por ejemplo, el Papa León es la cabeza de la Iglesia. Cristo es la cabeza fundamental, pero Él, de alguna manera, transparenta a Jesús y es el sucesor del apóstol Pedro, la cabeza también, la piedra fundadora de la Iglesia en la fe. Esa fe que nos inunda a todos es la fe que parte del reconocimiento de nuestro pecado para acoger la bondad de Dios, apreciar y ser cabeza como lo es Dios, o sea, humildemente.

Dios es nuestra cabeza, Dios nos creó a todos, Él es el inicio, el inicio de todo y, sin embargo, envía a su Hijo, se anonadó y, simultáneamente, acoge al Hijo y da vida a todos. No hace acepción de personas, a todos nos espera. Lo que pasa es que, a veces, esta paciencia de Dios, que es la que decidió definitivamente con Jesús, y por eso tienen la imagen del Señor de Huanca, ¿no es cierto? Aquel que está postrado, Él que está agachadito. El Señor de Huanca es un ejemplo de la humildad de Dios. Esa es la humildad que le pidió a su Hijo para que la humanidad comprendiera que, si el mismo Hijo de Dios se ha agachado, así tenemos un signo de que nosotros también nos agachemos en el sentido de que reconozcamos nuestros pecados y nos ayudemos mutuamente, como hoy día lo dice el Santo Padre en su alocución en San Pedro,

recordando que solamente ayudándonos mutuamente podremos salir adelante.

Por eso, hoy día es un día muy lindo porque, de alguna manera, el Santo Padre León XIV, siendo norteamericano, quiso anonadarse como peruano. Tenemos un ejemplo vivo de la parábola de hoy en nuestra vida peruana y en la vida del mundo y de la Iglesia: alguien que pudo haberse quedado en su país, disfrutando de todas las maravillas de ese riquísimo país, decidió hacerse misionero y, cuando vino, se enamoró de los peruanos y del Perú.

Y ahora, gracias a ese anonadamiento, a esa sencillez misionera, a ese sentido de reconocer en un pueblo sencillo como el nuestro un camino lindo para vivir la fe y para enseñarla a los demás, ahora que ha sido puesto en el primer lugar dentro de la Iglesia, nos da ejemplo también de humildad.

Quisiera anunciarles que hoy día se ha publicado en inglés su primera entrevista, y en unos días podrán leerla también en español. Esa entrevista nos muestra qué proyecto tiene para nuestra Iglesia y para nuestro pueblo.

Hermanos y hermanas, nos cuesta mucho a los peruanos reconocer nuestros límites. Vivimos de mucha ilusión, especialmente, en los dirigentes, en los que somos dirigentes, incluido yo también, incluida la Iglesia, incluidos

los sacerdotes. Nos creemos lo máximo, pero nos olvidamos de que somos seres humanos frágiles y es necesario, primero, partir de nuestra fragilidad, conocerla y aceptarla, para ver cuál es mi límite y no creermelo que no soy. Esto es fatal porque se vive de una ilusión y de una mentira y no se parte de la realidad.

La conversión es, ante todo, mirar nuestra realidad para ver allí qué valor hay, qué cosas no hay y qué cambiar. Y ese camino, lo sabemos, es difícil a todos, porque cuesta mucho aceptar dolorosamente que tenemos heridas, dificultades y límites. Pero solamente si los afrontamos podemos surgir porque, afrontándolos, nos damos cuenta de dónde está el valor y ahí podemos agarrar fuerzas para seguir adelante, pero no por una mentira en donde nos creemos que tenemos un valor que no tenemos. El valor también se puede “adquirir”, pero a veces lo buscamos por influencias, no porque realmente valgamos el lugar que tenemos.

Si hemos recibido algo es porque debe ser correspondiente al don que tenemos y a la experiencia que hemos ganado. ¡Cómo hay tanta gente sin experiencia que está dirigiendo!, ¡en diversas partes!... en los hospitales, en las empresas, en el Estado, en diversas situaciones, en la Iglesia. Y resulta que la gente inexperta no quiere aceptar que no

conoce tanto y que debe ponerse a estudiar o a la altura de la situación para responder mejor y afrontar.

Hubo un gran pensador cristiano en el siglo pasado, Emmanuel Mounier, que escribió un libro que se llamaba “El Afrontamiento Cristiano”, es decir, el afrontar las cosas porque soy creyente y debo hacer el bien a los demás. Y necesito, entonces, mirar cara a cara la situación difícil que tengo y la situación difícil de los demás y ponerme a la altura, por lo menos en lo mínimo que tengo como dones, porque cada uno tiene los suyos. Y esos dones, evidentemente pueden crecer.

Siempre tendremos al Padre esperándonos como en esta parábola preciosa en donde el padre está a la espera de que su hijo vuelva algún día, hasta que lo ve a lo lejos. Y quien se echa a correr no es el hijo al padre, sino el padre que va y lo acoge. El padre está esperándonos que demos la primera chispa de conversión y el padre ya se encarga del resto.

Pero si no hay chispa de conversión y todo son arrogancias con ideas como: “yo soy lo máximo”, “yo tengo sangre azul”, “yo tengo pedigrí”, “yo soy del mejor pueblo”, “yo soy de la high”, entonces, estamos enredándonos. No nos enredemos con tonterías, aceptemos la humildad de lo

que somos. Y van a ver ustedes la grandeza de lo que vamos a hacer y ser.

Si como peruanos hacemos eso, teniendo tanta belleza, tanta riqueza, inclusive, la del “pan con chicharrón” de hoy día, ¿no es cierto? Ese pan con chicharrón, en su humildad, ha podido más que todos nosotros con nuestras arrogancias. Es la humildad y la sencillez la que nos salva. Las mejores cosas que tenemos son las que vienen de lo pequeño que hemos podido dar para el vivir y dar aliento a las personas. Valoremos eso y valorémonos unos a otros. “El que tiene de inga y el que tiene de mandinga”, todos, tenemos lo propio y es necesario reconocerlo y no despreciarlo.

Si hacemos eso, este gran país que tenemos, tan difícil y diferente, pero a la vez tan bello porque tiene muchas cosas a reconocer, lo vamos a llevar adelante. Y, en cierto modo, podríamos ganar también, el récord mundial del acuerdo, la complementación, de la democracia.

Por eso, como Iglesia, unidos al Papa León XIV, continuando la tarea del Papa Francisco, nos hemos propuesto hacer de nuestra iglesia de Lima y de las iglesias del Perú, iglesias misioneras, solidarias y sinodales. “Sinodales” significa en donde todos participamos, en donde todos somos importantes y nos ayudamos

mutuamente, siempre con una autoridad que nos dirige, pero que está al servicio de todos. No es una autoridad mandona, es una autoridad que sabe comprender la diversidad, promueve a todos y sabe unirnos a todos recogiendo todo lo que cada uno ha opinado.

Quiero agradecer, en ese sentido, que en este tiempo hemos cumplido la voluntad del Papa León XIV de que nuestras parroquias tengan sus sínodos parroquiales. Y, de hecho, ha habido asambleas sinodales en toda la ciudad y ahora estamos recogiendo los frutos y vamos a seguir adelante.

El año 2028, el Papa León XIV ha señalado, unido al camino trazado por Papa Francisco, como el año en que la Iglesia a nivel mundial hace la Asamblea Mundial de la Iglesia Católica, de todas las Iglesias Católicas. ¿Para qué? Para ver cómo, en cada parte del mundo, vamos a acompañar a todos los pecadores del mundo a tener fuerzas, y no porque nosotros seamos unos santos, sino porque reconocemos nuestro pecado y acompañamos al pueblo en reconocer el suyo.

Por eso, hermanos y hermanas, hagamos este pequeño esfuerzo de decirle al Señor: “Padre, he pecado contra ti, no merezco llamarme tu hijo, pero me agarro de tu misericordia, me sostengo en ti, acojo ese amor irreversible

tuyo por la humanidad para una solución de los problemas que tenemos”.

Dios los bendiga, hermanos y hermanas, devotos de la Madre de Monserrat y del Señor de Huanca. Y que todos nos unamos al Papa León XIV en este día. Y que el Señor nos dé por muchos años todavía la felicidad de este Papa que es muy querido porque siempre ha sido humilde, sencillo, delicado, fuerte y esperanzado.

Amén